

Iritzia

Behatokia

Europa: un cumpleaños con añoranza o una oportunidad de vivificarla desde sus principios

POR Mikel Burzako



Hoy se cumplen 65 años del Tratado de París, constitutivo de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, CECA, siguiendo la Declaración de Schuman de 1950

EN aquel entonces, los dos grandes enemigos, Francia y Alemania, que habían ferocemente guerreado en los últimos ochenta años, acordaron junto con otros cuatro países la gestión común de dos poderosos recursos, carbón y acero, constituyendo la primera consecuencia práctica de la Declaración de Schuman del año anterior, que reclamaba logros concretos y solidaridad de manera práctica. La creación de la CECA no era más que una primera etapa en la vía que conduciría a la Federación Europea. Cinco años antes, en 1946, el líder del Partido Conservador, Winston Churchill, reivindicaba, en un memorable discurso, los Estados Unidos de Europa: "Los cañones han dejado de disparar, la lucha ha cesado, pero no se han detenido los peligros. Si queremos construir los Estados Unidos de Europa debemos empezar ahora". Paradójicamente, hoy, 70 años más tarde, nos encontramos con que el mismo Partido Conservador, ahora desde el gobierno, convoca un referéndum para la secesión del Reino Unido de la Unión Europea. Es cierto que aquellos dirigentes que desesperadamente reclamaban la Federación Europea estaban traumatizados por unas guerras provocadas por el nacionalismo de los grandes, que devastaron nuestro continente, causando millones de muertos.

Desde entonces, y aunque los avances hacia la unión política hayan sido insuficientes, en Europa hemos logrado una moneda común, evitar guerras fratricidas, a excepción de los Balcanes, erradicar las dictaduras y consolidar la libertad, alcanzando unos niveles de equidad y bienestar social sin precedentes y envidiables en el escenario mundial. Sin embargo, estas conquistas están actualmente en peligro por un nuevo repliegue nacionalista que se encierra en la falsa nostalgia de un Estado Nación soberano y anacrónico que se está mostrando impotente para responder a los grandes desafíos globales.

Es inútil invocar las pretendidas soberanías absolutas que evocan un confortable e idealizado pasado, porque la crisis económica global, la griega, el drama humanitario de los refugiados, la agresión rusa en Ucrania, el cambio climático, los actos terroristas, los ataques cibernéticos... son sencillamente irresolubles desde una dimensión puramente nacional. Solamente podremos abordar estos grandes retos mundiales de manera eficaz desde un planteamiento colectivo, es decir, desde la colaboración de unas soberanías compartidas en cooperación y en solidaridad.

Vivimos tiempos de cambios y de profundas transformaciones económicas y sociales, con el mayor número de personas refugiadas desde la II Guerra Mundial, que agitan el tablero de la estabilidad y de la seguridad inercial. Ello provoca incertidumbre y desasosiego en una ciudadanía en la que los grupos emergentes y xenófobos encuentran lamentablemente acomodo y respaldo a su discurso, instrumentalizando el ilusionismo de un pasado añorado que solo tiene cabida en el desván de la historia, pero no en la política práctica acorde al siglo XXI. Este populismo irresponsable ha accedido peligrosamente a los gobiernos de varios países del Este como Polonia, Hungría, Eslovaquia y crece en espacios en otros tantos países europeos, alentando el temor de que la *Bruselas alemana* sustituya a la Moscú soviética

en la sustracción de su soberanía nacional. Estos gobernantes deberían, por contra, interiorizar que vivimos en un espacio de voluntades compartido, que no hay libertad sin responsabilidad y que la solidaridad que han recibido contiene en su anverso la obligatoriedad del reparto equitativo de las cargas. Estas conductas contradictorias que estamos viviendo en la Europa de los 28, donde la unanimidad rige en las grandes cuestiones e impide su necesario avance en términos de eficacia y de operatividad, nos conduce inexorablemente a la Europa de las dos velocidades como respuesta ante un mundo que no espera y que avanza a velocidad de crucero.

En este contexto de ansiedad, agravado por el flujo creciente de refugiados y de rechazo soterrado al extranjero, los gobernantes están sucumbiendo a la angustia ciudadana y construyen muros y alambradas para supuestamente proteger sus fronteras. Esta tendencia al aislacionismo, si se consolida y las suspensiones de Schengen se revelan indefinidas, es sumamente peligrosa en un continente, no olvidemos, desgarrado durante siglos por las guerras de religión, hasta el siglo XVII, y por las disputas fronterizas y territoriales, hasta bien entrado el siglo pasado.

Requerimos de una educación más cosmopolita que aborde un mayor conocimiento de los otros, el diálogo intercultural, así como el respeto y la integración en la cultura de acogida de los inmigrantes, en un contexto económico mucho más sólido en el que la formación y la generación de empleo para la gran mayoría desactive el rechazo al supuesto competidor laboral y de las ayudas sociales.

Ante estos nuevos retos, no queda más remedio que revivir y que rehacer Europa, desde el principio de la subsidiariedad, desde la cercanía, la confianza y la resolución de problemas a la ciudadanía por parte de los gobernantes, especialmente por parte de

Cien años más tarde, lanzamos el mismo mensaje que entonces, esto es, nuestra reivindicación por una participación directa en esa nueva Europa que avizoramos tras las crisis multidisciplinares que nos atentan

sus más próximos, pero también desde la determinación de avanzar en su unificación política como fórmula eficaz en el encauzamiento y resolución de los desafíos y, en extensión, para ganar la adhesión de la ciudadanía al nuevo proyecto.

Tenemos que volver a edificar una Europa colaborativa, sin muros, que refleje más fidedignamente la diversidad nacional de su rico acervo cultural, ampliando sus sujetos políticos a las Naciones sin Estado, en un espacio de soberanías compartidas que constituya un ejemplo a otras unidades políticas regionales que tratan de adaptarse a un mundo interdependiente y con desafíos globales y comunes.

En este punto, es de justicia reivindicar las figuras de patriotas vascos, como Isaac López de Mendizabal, José de Eizagirre y Luis de Eleizalde, que hace ahora 100 años, en plena Gran Guerra, cruzaron las vigiladas fronteras europeas, poniendo en peligro sus vidas, para llegar a Lausanne y reclamar los derechos de la Nación Vasca. Estos dirigentes, en nombre del Partido Nacionalista Vasco, participaron en el III Congreso de las Nacionalidades junto a representantes de otras naciones que años más tarde conseguirían la independencia para reivindicar nuestra participación activa en esa nueva Europa que se pergeñaba bajo los escombros de la I Guerra Mundial.

Ahora, 100 años más tarde, lanzamos el mismo mensaje que entonces, esto es, nuestra reivindicación por una participación directa en esa nueva Europa que avizoramos tras las crisis multidisciplinares que nos atentan, para construir el futuro desde las realidades y comunidades naturales y nacionales, no solamente desde unas estructuras jurídico-políticas que se resisten a su inexorable declive y que se muestran renuentes a afrontar el futuro desde una visión más cosmopolita, acorde con la exigencia de los tiempos.

Da la sensación de que las generaciones actuales hemos olvidado el origen trágico que obligó a los padres fundadores a reinventar el futuro de Europa. Pero debemos ser conscientes de que sin esa misma Europa unificada que planearon nuestros mayores, y adaptada hoy a las características del siglo XXI, no hay garantía de un porvenir en términos de seguridad, de prosperidad y de bienestar, como el que nuestra sociedad ha tenido la oportunidad de disfrutar hasta ahora.